

Fablilla del secreto bien guardado



ALEJANDRO CASONA

PERSONAJES

BRUNO, padre de Juanelo

JUANELO, campesino

LEONELA, esposa de Juanelo

SANDRA, vecina

ASUNTA, vecina

LISETA, vecina

UN SOLO ACTO

(Juanelo, pálido y nervioso, aparece en la puerta; mira hacia atrás como temiendo que alguien lo siga. Entra escondiendo bajo el brazo un envoltorio. Llama tres veces en voz alta y espera conteniendo el aliento).

JUANELO: ¡Leonela! ¡Leonela! ¡Leonela!
(Tranquilizado al sentirse solo, deja el envoltorio y corre a cerrar puerta y ventanas. Después busca un lugar donde esconder el envoltorio. Lo hace primero en el arcón, pero no le parece seguro; vuelve a sacarlo y lo mete en el horno. Duda, lo saca nuevamente, mira en todas direcciones buscando otro escondite. Llaman a la puerta. Juanelo, sobresaltado, corre a esconder su envoltorio entre los costales mientras responde. Las lentas campanadas de la iglesia han llenado la larga pausa. Llaman de nuevo más fuerte). ¡Voy!

VOZ DE BRUNO: ¿Hay alguien en casa?

JUANELO: ¡Voy... voy...! (Abre. Entra Bruno, un viejo campesino. Colgados a un hombro la escopeta y el morral de caza; al otro, una red).

BRUNO: ¡Novedad grande es esta! ¿Desde cuándo se cierra con llave la casa de un pobre?

JUANELO: Habrá sido Leonela al salir.

BRUNO: ¡Por san Fabricio que sería cosa de ver! ¿Tu mujer sale y deja la casa cerrada por dentro?

JUANELO: Se habrá corrido el cierre.

BRUNO: ¿Solo? ¿Y con dos vueltas?

JUANELO: Pues habré sido yo sin pensar.

BRUNO: ¿Por qué? ¿Has cometido algún crimen? Porque miedo a los ladrones no será...

JUANELO: (Impaciente). ¡Basta, padre! Si cerré o no cerré, que el demonio me lleve si me di cuenta. Y quede aquí la cosa. (Huye la mirada). ¿De caza o de pesca?

BRUNO: Todo junto, Juanelo. Cuando yo tenía tu edad y salía con la escopeta, saltaba la trucha; cuando salía con la red, saltaba la liebre. Ahora ya soy perro viejo y aprendí que tengo que llevarlas las dos para acertar alguna...

JUANELO: ¿Cayó algo?

BRUNO: Algos. En el morral está la liebre, que está pidiendo a gritos un arroz, y en la red está la trucha, que tendrá unas tres libras. (Mostrando su liebre). ¿Qué me dices de este ejemplar? Ni la sobrina del cura es más rolliza.

JUANELO: (Ajeno). No está mal.

BRUNO: Escaso andas de palabras. Y de color. ¿No te sientes bien?

JUANELO: No es nada... el calor... ¿otro vaso?

BRUNO: ¿Por qué dices otro si es el primero?

JUANELO: Creí. (Sirve. La botella tintinea en el vaso). ¿Qué mira tan fijo, padre?

BRUNO: El pulso.

JUANELO: ¿No está firme?

BRUNO: Está bueno para repicar campanillas.
(*Bebe, dejando caer las palabras mientras lo observa*). ¿No habías ido a la viña?

JUANELO: Fui.

BRUNO: Pronto volviste.

JUANELO: No hacía falta trabajar más.

BRUNO: (*Entrando de lleno al tono confidencial*).
¿Y cuándo ocurrió la cosa, al ir o al volver?

JUANELO: Muy preguntador está usted hoy,
padre...

BRUNO: Y tú muy poco contestador.

JUANELO: Será que tengo la cabeza en otra parte.

BRUNO: Será. (*Beben en silencio. Juanelo se sienta pensativo. El padre le da una palmada cariñosa y se sienta a su lado*). Vamos, hijo, suéltalo de una vez. ¿Qué te ocurrió esta mañana?

JUANELO: ¡Padre!

BRUNO: Por lo visto es grave.

JUANELO: Tanto que desde esta mañana a las diez no sé si soy el hombre más feliz del mundo o si esta misma noche me voy a colgar de un árbol.

BRUNO: Dios te perdone el mal pensamiento.
¿Qué te ocurrió esta mañana?

JUANELO: Me levanté al rayar el alba, como siempre, me fui a cavar la viña. Serían las cinco...

BRUNO: Por tu alma, ahórrame esas cinco horas.
¿Qué pasó a las diez?

JUANELO: Sonando estaba el reloj de la iglesia cuando, de repente, siento que la azada tropieza en una cosa dura. ¿Una piedra? ¡Sí, sí, piedra!... Otro golpe, y veo una cosa que relumbra. ¿Un vidrio? ¡Sí, sí, vidrio!... Miro y remiro, me agacho, escarbo, toco, vuelvo a mirar... ¡Dios de Dios! ¡Creí que me caía redondo allí mismo! ¡Que no puede ser, que sí puede ser...! ¡Y era, padre!... ¡Era!

BRUNO: ¿Era?

JUANELO: ¡Era!

BRUNO: ¿Qué era, maldito?

JUANELO: ¡Un tesoro! ¡Un cofre lleno de alhajas y monedas de oro!

BRUNO: ¡Bendito san Antón! ¿De modo que te cae una fortuna del cielo y piensas colgarte de un árbol?

JUANELO: En el primer momento, no. Solo me vi como me quisiera: una casa propia con barandales al río, la mesa grande con manteles y convidados, y un caballo hermoso para la feria. Pero pronto se acabaron mis glorias y empezaron las preocupaciones.

BRUNO: En eso no andas descaminado, porque la fortuna encontrada pide secreto; y dinero en casa de pobre y amor en ojos mozos, pronto se notan.

JUANELO: A eso iba yo. Si la cosa quedara entre nosotros, sería maravilla. Pero ¿qué va a ser de mí cuando lo sepa todo el mundo?

BRUNO: ¿Y por qué tiene que saberlo el mundo? ¿Te vio alguien con el cofre?

JUANELO: Nadie.

BRUNO: ¿Entonces...?

JUANELO: ¿Soy yo acaso el único detrás de mi puerta? Demasiado conoce usted a mi mujer: ¡larga de lengua como la sombra de un pino por la tarde! Saberlo ella es saberlo el pueblo entero.

BRUNO: Por esta vez callará. Dile que es cosa de vida o muerte.

JUANELO: Como si nada dijera. Secreto en su boca es agua en una cesta.

BRUNO: Ruégale de rodillas.

JUANELO: Se reirá de pie.

BRUNO: Cósele la boca.

JUANELO: Lo contará por señas.

BRUNO: ¡Pégale!

JUANELO: ¡Es más fuerte que yo!

BRUNO: Pues si no puedes con tu mujer, no hay más que una solución; la primera que debiste pensar: no se lo digas a ella tampoco.

JUANELO: ¿Y las narices?

BRUNO: ¿Qué narices?

JUANELO: ¡Se lo huele desde lejos! Solo una vez la engañé en mi vida, con la panadera... ¡y por el olor me sacó la torta!

BRUNO: Entierra el cofre en el sótano.

JUANELO: Tiene ojos de zahorí.

BRUNO: ¡Arráncale los ojos!

JUANELO: ¡Tiene una vela en cada dedo!

BRUNO: ¡Mátala de una vez!

JUANELO: ¡Esa es de las que vuelven! No hay salvación, padre: una sogá y un árbol... una sogá y un árbol...

BRUNO: Calma, hijo, calma. Pongámonos en el peor de los casos: que tu mujer se entera y lo publica a los cuatro vientos. A fin de cuentas, ¿qué te puede pasar?

JUANELO: ¿Y usted me lo pregunta? ¡Ay, padre, qué poco conoce el mundo, a pesar de sus años! Por lo pronto, como la viña solo es mía en arriendo, el dueño me pondrá pleito. Los vecinos, por si hay más cofres, me excavarán las tierras por la noche, arruinándome la cosecha. Los amigos me pedirán; los que me deben no me pagarán; los que me prestaron me reclamarán... Y entre tanto, el escribano que me llena la casa de tinta, vaciándomela de vino... ¿Terreno valorado? Más contribuciones. Palabra que se te escape, documento nuevo... Y el pleito que no se acaba, y alguaciles vienen y testigos van...

BRUNO: ¡No hay mal que dure cien años; ganarás el pleito!

JUANELO: ¿Y con eso qué? Ahí están las porciones: la mitad para el dueño del terreno; el tercio para el fisco; el quinto para el rey; el diezmo para la Iglesia... y lo que sobre, si sobra, para ayuda de costas. ¡Eso si no ocurre lo peor!

BRUNO: ¿Peor todavía?

JUANELO: Que entre todos encuentren pequeña la tajada y me acusen de ocultación. ¿Defraudación pública? Proceso criminal. ¿Que confieso? Apropiación. ¿Que no confieso? Tormento. Y más: los peritos sentenciarán que el tesoro es de moros, judíos o paganos. ¡Excomunió! Suma y sigue: el defensor dirá que soy inocente, y cobrará; el fiscal dirá que soy culpable, y cobrará; el obispo cobrará sin decir nada... ¡Ay, padre de mi alma, el dineral que me va costar este tesoro, si no me cuesta la honra y el pellejo!

BRUNO: ¡Basta, cuerpo de Dios, basta de desatinos!

JUANELO: Le juro que es un tormento. ¿No oye pasos? ¿Quién va? (*Frenético*). ¡No hay nadie en casa!... nadie... ¡nadie!

BRUNO: ¡Juanelo!

JUANELO: ¡Yo no fui! ¡Yo no sé nada!...

BRUNO: ¡Basta, repito! ¡Quieto! (*Lo sujeta fuerte y le da una bofetada. Juanelo reacciona, calmándose*). Perdona.

JUANELO: De nada, padre... Gracias.

BRUNO: ¿Sabes lo que te digo, hijo? Por tu bien, coge ahora mismo ese maldito cofre y vuelve a enterrarlo donde estaba. Y aquí paz y después gloria.

JUANELO: ¿Renunciar yo a mi tesoro? Primero me arrancarían la uña de la carne. Hay que pensar algo antes de que llegue mi mujer. (*Se le oye cantar acercándose*). ¡Y pronto, que ya está ahí!

BRUNO: Buena me has dejado la cabeza para pensar nada.

JUANELO: ¡Una idea, padre! ¡Cien escudos de oro por una idea!

BRUNO: Allá tú y ella con vuestro negocio. A mí pocos años me quedan ya de ser pobre, y con mi liebre y mi trucha tengo bastante por hoy. *(Se dispone a salir. Juanelo repite como un obseso).*

JUANELO: Una liebre, una trucha... una trucha, una liebre... liebre-trucha... trucha-liebre... liebre-trucha... *(Lanza un grito de júbilo, lo abraza y retoza como un corzo).* ¡Gracias, padre! ¡Cuenta con los cien escudos!

BRUNO: ¿Qué quieres decir?

JUANELO: Que estamos salvados. ¡Pronto! Ayúdeme a cambiarlas de sitio: la liebre en la red... la trucha en el morral de caza... ¡Pronto!

BRUNO: ¿Has perdido el juicio?

JUANELO: Nunca lo tuve más claro. Ahora, déjeme solo con ella. ¡Y silencio, por Dios, silencio!

(Bruno sale pasmado. Juanelo se santigua rápido y se sienta junto a la lumbre en actitud de profunda meditación. Entra Leonela con un gran cesto de ropa que empieza a disponer seguidamente para la lavada. Movimiento y reniego son sus dos modos habituales de expresión).

LEONELA: ¡Malos años, marido! Y tú siempre sentado. Bien dicen que el que nace redondo no muere cuadrado. Por mi madre que si en vez de seguir mi gusto hubiera seguido sus consejos, no me vería ahora como me veo: lavando ropa ajena para llenar la mesa. ¡Y qué ropa, virgen santa! ¡Roña roñosa, tiña tiñosa, zarrapastrosa! Miren las sábanas del alcalde, con más ventanas que el ayuntamiento en un día de fiesta. Y las camisas de la boticaria... ¿Y estos andularios? ¿No parecen ropa de viuda o sotana de cura? Pues son los calzones blancos de Simoneto; que, después de todo, no sé por qué se queja tanto: si a la vaca se la partió un rayo, su mujer parió mellizos, y váyase lo uno por lo otro. De la Casa de las Siete Cuñadas no quise tomar trabajo, por si acaso, que andan con la viruela loca. ¡Loca tenía que ser para meterse en semejante infierno! ¡Cueva de escorpiones! A la mayor la mordió un perro ¿y quién dirás que se volvió rabioso? ¡El perro! ¡Eh, contigo hablo, marido! ¿Te has quedado mudo o tan poco soy que ya ni la palabra merezco?

JUANELO: (*Solemne*). No me turbes ahora. Cosas más altas tengo yo en qué pensar.

LEONELA: Pues piensa, hijo, piensa. Y sobre todo, piensa sentado, que así no te cansas. Asunta, que fue criada en casa de mi madre, con mantilla bordada; Sandra, que empezó fregando platos, comprándose un olivar; ¡y yo, que nací señora, lavando para las dos! ¡Vivir para ver! Pero ¿de qué me quejo si yo misma me lo busqué? Cuatro pretendientes ricos tuve, con el pobre me fui a estrellar, y miren cómo me lo paga: sentado todo el santo día, y roncando toda la santa noche... ¡que roncando te vea yo en los infiernos por los siglos de los siglos, amén!

JUANELO: No reniegues, mujer, y menos en un día como hoy. Si supieras lo que me ha pasado esta mañana estarías sin habla y de rodillas.

LEONELA: ¿A ti te ha pasado algo? ¿A ti? Más vale tarde que nunca. ¿Y qué fue, si puede saberse?

JUANELO: No pensaba decírtelo, pero es demasiada carga para mi conciencia.

LEONELA: *(Abandona su trabajo, interesada)*.
¡Eso faltaba! Para una vez que tienes algo que
contar, ¿pensabas comértelo tú solo? Habla,
bendito de Dios, habla.

JUANELO: Cierra puerta y ventanas. Si alguien
nos ve, estamos perdidos.

LEONELA: *(Cerrando y cambiando de tono,
inquieta)*. ¿Tan grave es la cosa?

JUANELO: Tanto que todavía me tiemblan las
carnes al recordarlo.

LEONELA: No me asustes, marido. ¿Un mal
encuentro? ¿Me lo imaginé! ¿No? ¿Un robo?...
¿Me lo daba el corazón! ¿Tampoco? ¿Una
muerte?... ¡Tenía que ser! ¡Ay, pobre viuda,
ay, pobres huérfanos!... ¡y esa madre!... ¡esa
madre!...

JUANELO: ¿Qué madre?

LEONELA: La del muerto.

JUANELO: ¿Qué muerto?

LEONELA: ¿No lo mataron?

JUANELO: ¡Si te callaras una vez! Ni robo, ni
sangre, ni muerto. Lo que a mí me pasó fue
un milagro. Mejor dicho, tres: ¡tres milagros
seguidos delante de estos ojos pecadores!

LEONELA: ¡Alabado sea el Santísimo! ¿Quieres
burlarte?

JUANELO: ¡Por mi salvación te lo juro! ¿Tienes fe,
Leonela?

LEONELA: De cristianos viejos vengo.

JUANELO: Pues santíguate tres veces y prepárate
a oír lo que nunca imaginaste.

LEONELA: ¡Por tu alma, que reviento! Empieza ya
de una vez. *(Se sienta a su lado anhelante)*.

JUANELO: Despacio, que a eso voy. Esta mañana
me levanté temprano para ir a la viña; como
queda lejos, y por si algo saltaba de camino, me
eché a un hombro la red y al otro la escopeta.
Llego al río, veo una sombra que se mueve en el
agua, tiro la red... ¿qué dirás que pesco?

LEONELA: Una trucha.

JUANELO: ¡Una liebre!

LEONELA: No.

JUANELO: Eso pensé yo al principio: ¡no!... Pero miro y remiro y vuelvo a mirar, y no hay vuelta: ¡una liebre!

LEONELA: ¡Madre de Dios soberana! ¿No habrías bebido, Juanelo?

JUANELO: Más fresco estaba que una madrugada. Imagínate cómo me quedé, que si me pinchan no me sale sangre. Sigo caminando sin saber qué pensar; llego al bosque, veo una cosa que corre entre las matas, me echo la escopeta a la cara, disparo... ¿y qué dirás que mato?

LEONELA: Otra liebre.

JUANELO: ¡Una trucha!

LEONELA: ¿Una trucha en el bosque? ¿No estarías soñando?

JUANELO: ¿Tengo cara de sueño? ¿No me ves temblando como una vara verde?

LEONELA: Pero, entonces, Juanelo, entonces... ¡Era un aviso del cielo!

JUANELO: Lo mismo que pensé yo: «¡Arrodíllate, miserere, que la mano de Dios está sobre tu cabeza!». Caigo de rodillas rezando el Yo pecador. Me agacho a besar la tierra, cuando, de repente, allí mismo, delante de mis ojos, veo una cosa que relumbra.

LEONELA: ¡Una espada de fuego!

JUANELO: ¡Un tesoro, Leonela! ¡Un cofre repleto de alhajas y monedas contantes y sonantes!

LEONELA: *(Se levanta de un salto)*. ¡Ah, no, no, no y no! Lo de la liebre... pase. Lo de la trucha... pase. ¡Pero un tesoro! ¡Tú quieres matarme del corazón! ¿De verdad que no me engañas?

LEONELA: ¿Necesitas pruebas, mujer de poca fe? *(Mientras busca su cofre)*. Mira esa red: ¿qué ves ahí?

LEONELA: ¡Ciega me quede si no es una liebre!

JUANELO: Mira ahora ese morral de caza: ¿qué ves?

LEONELA: ¡Muerta me caiga si no es una trucha!

JUANELO: *(Volcando su tesoro sobre la mesa).* ¿Y esto? ¿Son sueños?

LEONELA: *(Deslumbrada).* ¡Oro, ajorcas, collares!... Juanelo de mis pecados, que yo me vuelvo loca de alegría *(Lo abraza y lo besa sonoramente)*. ¡Mi maridito querido! ¡Siempre dije yo que en el mundo, de arriba abajo, no había hombre como el mío!

JUANELO: Calma, mujer, calma; y baja la voz. Por lo que más quieras, júrame que, pase lo que pase, nadie sabrá una sola palabra de esto. ¡Júralo!

LEONELA: ¡Por la memoria de mi padre, que cien años me espere, amén! *(Revolviendo el tesoro como semillas de trigo)*. ¡Ay, qué rubio color de toronjas! ¡Ay, qué retintín de campanas de gloria! ¡Oro... oro... oro...! *(Se oye repicar el aldabón de la puerta)*.

JUANELO: ¡Dios nos ampare! ¿Habrán oído?

LEONELA: *(Recogiendo rápida).* ¡Corre a enterrarlo en el sótano! ¡Ciérrate con siete llaves! ¡Siéntate encima! ¡Si hay peligro, de aquí no pasan! ¡Pronto!

(Más aldabonazos y voces de las vecinas llamando).

VOCES: ¡Leonela! ¡Leonela!... *(Juanelo sale con el cofre. Leonela se domina con esfuerzo y respira hondo)*. ¿No hay nadie en esta santa casa? ¡Leonela!

LEONELA: ¡Ya va! ¡Ya va! *(Abre. Entran Asunta, Sandra y Liseta, con grandes cestos de ropa)*. Buen día, vecinas. ¿A qué viene tanto repicar en casa ajena?

ASUNTA: Como tardabas en abrir...

SANDRA: ¿Estabas ya durmiendo la siesta?

LEONELA: Buenos están los tiempos para dormir. Muy cargadas vienen las tres. Y a buen seguro que regalos no son.

ASUNTA: Trabajo, que es el regalo del pobre. Yo, cuatro camisas y ocho sábanas. Trátalas con cuidado, que son de hilo portugués.

LEONELA: Podrías ahorrarte el consejo. ¿O crees que no sé lo que son sábanas de hilo, yo que nací entre ellas?

SANDRA: Yo, dos mudas completas y el mantel grande de fiesta.

LEONELA: Portugués también, ¿verdad?

LISETA: Y yo el ajuar de Petruca. Mojar y planchar nada más. ¿Estará para el domingo?

LEONELA: (*Reticente*). Allá veremos.

LISETA: ¿Cómo «veremos»? Tiene que estar.

LEONELA: Paciencia, hija; si no es para este será para el que viene, y si no, para el Domingo de Ramos.

LISETA: Pero la boda no puede esperar.

LEONELA: ¿Y a mí qué? ¿Soy yo acaso la novia o la madrina? ¿Te acordaste siquiera de mí para convidarme?

LISETA: La verdad, no lo pensé.

LEONELA: ¡Naturalmente! Los pobres están bien para servir a la mesa; no para sentarse.

ASUNTA: Pero, hija, ¿qué mal de repente te dio hoy, que todo te enfada?

LEONELA: Que ya estoy harta de ser la última y que todos me empujen. La pobre Leonela al río, la pobre Leonela al molino, la pobre Leonela al horno... ¡Y se acabó la pobre Leonela! ¿Lo oyen? Señora nací, y a mi señorío me vuelvo..., ¡y al que le pique, que se rasque!

SANDRA: Siempre con tus manías de grandeza.

LEONELA: Manías, ¿eh? ¡Verdades como puños! ¿Ves estas manos cortadas del agua? ¡De marfil las has de ver, como las de una duquesa, y con más sortijas que la reina de Nápoles!

ASUNTA: ¿Esperas un milagro?

LEONELA: ¿Y por qué no? ¿No fuiste tú criada en casa de mi madre y ahora pagas ropas caras? ¿No empezaste tú fregando platos y ahora tienes un olivar?

SANDRA: Nadie me lo regaló, sino el trabajo de mi marido.

LEONELA: Tu marido, tu marido... ¡qué manera de llenarse la boca con la palabra, como si fuera la única casada por la Iglesia! ¿Y qué tiene el tuyo que no tiene el mío? ¿Ha pescado alguna vez tu marido una liebre en el río?

SANDRA: ¿Una liebre en el río? ¡Sería cosa de ver!

LEONELA: Pues el mío sí. Mírala en esa red.

LAS TRES: (Riendo). ¡Una liebre en el río...! ¡Una liebre en el río!

LISETA: Pero, Leonela, ¿a qué viene esa burla?

LEONELA: Nada de burlas. ¿Y el tuyo? ¿Ha cazado alguna vez tu marido una trucha en el bosque?

LISETA: Bien seguro que no.

LEONELA: Pues el mío sí. Mírala en ese morral.

LAS TRES: (Ríen). ¡Una trucha en el bosque...!
¡Una trucha en el bosque!

ASUNTA: Jesús mil veces. ¿Hablas en serio?

LEONELA: ¡Y si fuera eso solo! Pero lo más grande vino después. «Arrodíllate, miserere, que la mano de Dios está sobre tu cabeza»... y de repente, allí mismo, el bendito milagro. ¿Se ha agachado alguna vez tu marido a besar la tierra y ha encontrado un tesoro delante de los ojos?

SANDRA: ¡Un tesoro! ¿Y en mitad del campo?

LEONELA: (Exaltada). Pues el mío sí; el mío sí.

LISETA: ¿Has perdido la razón, Leonela?

ASUNTA: ¡No le laves la contraria, que es peor!

LEONELA: Un cofre de hierro... montones de oro... pendientes, ajorcas, brazaletes... ¿Qué valen ahora tu olivar y tus vestidos? ¿No dicen que el que ríe mejor es el que ríe el último? ¡Pues miren cómo se ríe la última! (*Ríe desgañitada y nerviosa. Las vecinas retroceden espantadas*). ¿Qué? ¿Por qué me miran así? ¿No me creen, verdad?

SANDRA: ¿Por qué no, mujer, si todo lo que has dicho es lo más natural del mundo?

ASUNTA: Acuéstate, Leonela...descansa...

LEONELA: ¿Necesitan pruebas palpables? Pues un momento, que enseguida vuelvo. (*Derriba a puntapiés los cestos*). ¡Fuera la sarna sarnosa! ¡Fuera la tiña tiñosa! Se acabó la pobre Leonela. ¡Paso a la señora Leona! ¡La última...! Ja, ja... ¡La última! (*Sale erguida con su risa estridente*).

SANDRA: ¡Ay, Señor, Señor! ¿Quién lo habría de pensar? ¡Una mujer que parecía tan sana!

LISETA: Soberbia y pobreza son malas compañeras.

ASUNTA: Siempre dije yo que tenía que terminar así. ¡Castigo de Dios! (*Se santiguan las tres y recogen precipitadamente sus cestos*).

SANDRA: No dejen la ropa, que es capaz de quemarla. Hay que contar esta novedad en la plaza.

LISETA: Y en el mercado.

ASUNTA: Y en la fuente. ¡Vamos, vamos!

(*Entran Bruno y Juanelo con aire de haber escuchado*).

JUANELO: ¿Por qué tanta prisa? ¿Pasa algo, comadres?

ASUNTA: Nada, Juanelo. Cuida a tu mujer... la pobre, con tanto trabajo...

SANDRA: Paños fríos, caldos de gallina y reposo, mucho reposo.

LISETA: Si algo necesitas, ya sabes dónde estamos. Adiós, vecino.

LAS TRES: ¡Pobre Juanelo! ¡Pobre Leonela! (*Salen haciéndose cruces*).

BRUNO: Ahora sí que la has armado buena. Todo el pueblo la señalará con el dedo; los rapaces la perseguirán a pedradas. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

JUANELO: (*Triunfal*). Lo más grande, padre. Más que pescar una liebre en el río, más que cazar una trucha en el bosque. ¡He conseguido que mi mujer guarde un secreto! No hay secreto mejor guardado que el que nadie quiere creer. (*Desperezándose feliz*). ¡Y ahora, a dormir tranquilo!

TELÓN